



“Entonces vi la estatua del Santo Niño, la misma con la que había crecido en la escuela. En lo profundo de mí sentí que algo estaba pasando; algo que nunca antes había sentido. Supe en ese preciso momento que había llegado a casa.”

KATHLEEN DULLEA, SHCJ

Anaheim, CA

Kathleen Dullea, hizo votos finales en noviembre del 2006.

Cinco años atrás mi vida tomó un cambio drástico. Había sido una profesora en la escuela pública por 30 años y estaba esperando con alegría a jubilarme y disfrutar una vida más relajada. ¡Pero algo me estaba molestando! ¡No me sentía bien con algo!

Una amiga me sugirió que probara buscando un directora espiritual. Dentro de poco tiempo, me di cuenta claramente de que era Dios quien me estaba importunando. Con mi directora empecé a hablar sobre la vida religiosa y el deseo que tenía desde niña de entrar a la Sociedad del Santo Niño. Ese deseo estaba volviendo a surgir; sin embargo, a la edad de 50, pensé que estaba muy mayor. Después de todo, las mujeres que conocía que habían entrado a la vida religiosa lo hicieron después de la escuela secundaria o de la universidad. ¡Mi directora espiritual no estaba de acuerdo! Ella me convenció para que me contactara y luego ver a dónde me llevaba el Espíritu.

Paulatinamente empecé a hacer algo al respecto, inadvertidamente me contacté con mi profesora de quinto grado en la escuela del Santo Niño, St. Elizabeth en New York a la cual había asistido. Eventualmente, después de algunos meses, estuve de acuerdo en visitar a la directora de vocaciones de la Sociedad, pero sin compromiso alguno. Durante mi visita, todo el mundo fue tan hospitalario, y a medida que el día progresaba empecé a reconocer los jardines escalonados que había visitado cuando niña y a algunas de mis profesoras en St. Elizabeth. Entonces vi la estatua del Santo Niño, la misma con la que había crecido en la escuela. En lo profundo de mí sentí que algo estaba pasando; algo que nunca antes había sentido. Supe en ese preciso momento que había llegado a casa.

Los recuerdos volvieron rápidamente, y recordé el amor de las hermanas que me habían enseñado del amor de Jesús. Me di cuenta de lo que mi directora espiritual ya sabía desde hace tiempo: el Espíritu del Santo Niño ya se había implantado en mí años atrás y que las inquietudes que sentían eran Dios llamándome de nuevo a la Sociedad.

Poco después empecé el programa de formación de la Sociedad. El día de mi profesión, ¡mi corazón estaba explotando con tanto gozo que casi no lo podía contener! ¡Hice mis votos con la más profunda convicción de mi vida!

Hoy en día, continuo enseñando, siempre he querido mucho a los niños a quienes he enseñado,” dice la Hna. Kathleen, “Ahora, sin embargo, como una hermana del Santo Niño, estoy imbuida con el espíritu del Santo Niño, y enseño con un vigor y entusiasmo renovado. Yo enfatizo e infundo los valores y el amor y reverencia por todos, como Cornelia Connelly, la fundadora de la Sociedad, anima a que todas las Hermanas del Santo Niño lo hagan.

Parecer ser que he dado toda una vuelta en círculo, desde la niña que fue bienvenida el primer día de clases hasta la hermana profesora con votos con una nueva casa, comunidad, y ministerio. He crecido más profundamente en el amor de Dios a través de una relación amorosa con Jesús, y ¡estoy donde debe de estar!